CAPITULO XVIII

De cómo emplearon su tiempo D. Quijote y el Poetilla en el resto de la travesia, y de su entrada en Veracruz.

Dos días de navegación quedaban no más, y D. Quijote, que tropezó con la pequeña biblioteca del trasatlántico, quiso enterarse, aunque fuese someramente, de lo que había sucedido en el mundo, y sobre todo en España y sus dominios, desde que él cerró los ojos hasta que los abrió de nuevo á la luz solar; pues no podía comprender que tuviera que hacer tantas recomposiciones en el regio manto de Iberia, ni cómo había podido desgarrarse de él todo el gran pedazo de las Américas, que iba animoso à zureir.

Por fortuna entre los libros había una Historia Universal y otra de España, y aunque los volúmenes eran muchos los hojeó por el índice, que es lo que suelen hacer los eruditos, para buscar la substancia de los hechos que deseaba conocer, y así fué pasándolos y registrando sus

páginas culminantes.

Lo primero en que se paró fué en aquello de la expulsión de los moriscos, llevada á cabo por decreto del Señor Rey D. Felipe III; maravillándose de la sangría que propinó á España, por una ligera fiebre que hubiera tenido otro remedio menos debilitante. Halló muy razonable la propuesta del Consejo de Castilla, para remediar las calamidades del país en aquel reinado, sobre todo aquello de que se obligara á los grandes señores á salir de la Corte é irse á labrar sus tierras, y se suprimiera el lujo y se mandara á todos vestir telas y paños del Reino, v se protegiera á los labradores, y no se diera licencia para nuevos monasterios; limitándose el número de religiosos: cosas que no se hicieron ni atendieron. Sobresaltóse al saber la rebelión de Cataluña, en tiempos del Rey

D. Felipe IV, y que pidiera aquélla socorro á Francia, y la pérdida ocasionada del Rosellón y los daños que sobrevinieron; así como al leer · el levantamiento y emancipación de Portugal, y la guerra de Flandes, y la rebelión de Nápoles, y la pérdida del Franco Condado, y los hechizos y malandanzas de Carlos II, y la guerra de Sucesión y la de Italia. Enteróse, pasando muchas hojas, de la Revolución Francesa y de las hazañas de Napoleón, sintiendo muy de veras no haber estado despierto para poder medir con él sus armas; pero viendo con regocijo que habían salido en ese tiempo á la pelea otros caballeros andantes, llamados Palafox, Castaños, el Empecinado, Mina, Eroles, y muchos más, y tal cual doncella andante como Agustina Zaragoza, que con su hazaña había sobrepujado á Marfisa y á Bradamanta, y á aquella Clorinda, amamantada en su niñez, según cuentan, por una tigre de Bengala. Por último, también Îlegó á conocer la insurrección de las Américas, la emancipación de Buenos Aires, la independencia de Chile y Perú, la guerra en Nueva España, y el total derrumbamiento de aquel poderío colonial, que significaba para nosotros la mitad del mundo. Y por un apéndice de un autor anónimo supo igualmente la última pérdida de Cuba y Puerto Rico y de mil trescientas islas, con las Filipinas, y por consiguiente la del otro medio mundo, lo que nos dejó reducidos al solar patrio.

El Príncipe, que le vió engolfado en lecturas, pensó que serían de libros de caballería, y Don Quijote le dijo que sí: porque á su entender no había mayor ni más inacabable libro de caballería que la Historia, tal como solía escribirse, con biografías de reyes, capitanes y magnates, y relaciones de disputas, guerras y conquistas; en lo que vió el Príncipe que D. Quijote tenía razón: porque en esos relatos quedaba olvidada la vida interior, laboriosa y fecunda, de los pue-

blos.

Había estado en todo este tiempo retraído el Poetilla, esquivando el encuentro con el Príncipe, y en esa tregua escribió y rompió muchas epístolas para la viuda de Villacañas, como hascen los enamorados ausentes. Quería declararle su pasión, por carta enviada desde América, pensando quizás que una respuesta desabrida perdería fuerza y acidez con la distancia, como las balas homicidas pierden violencia mortífera, y por último compuso unos renglones tan llenos de sinceridad, amor y tristeza, que D. Quijote, cuando los oyó, le dijo que á excepción de aquella carta que él escribió á Dulcinea desde su soledad de Sierra Morena, y que le envió con Sancho Panza, no conocía nada tan tierno y rendido.

Pero como el caballero le recordara la conveniencia de tener preparada aquella oda que le dijo, el Poetilla volvió á su cámara y se puso á escribirla de puro pasatiempo, con el pie que le había dado su señor, comenzándola por el principio del mundo, según le aconsejó; resultándole no del todo mal, para haberla hecho de burlas, aunque semejando que era de veras.

¡Magnífico! exclamó D. Quijote al oírsela, y le cogió el papel y con alta voz y grandes ademanes comenzó él á recitarla; no tanto para saborearla mejor, como para ver de retener de memoria sus estrofas.

Los versos decían de esta manera:

ODA.

Dios hizo el globo de la esteril nada, por ser la inmensa soledad su tedio: pero á medias no más, pues clvidada se le quedó la America, y osada con Colón hizo España el otro medio! Perdió Adán, por que quiso, un feliz Paraiso; bajaron de las nubes con sus ígneas espadas dos querubes, para cerrarle su mansión perdida; pero España potente, otro Edén floreciente dió á los hijos de Adán en la Florida! Cain y Abel de sangre son hermanos; surgen odios livianos y así la guerra fratricida empieza que ennegrece los fastos de la Historia: Hijos de igual realeza, unidos por la sangre y por la gloria; hermanos de ambos mundos, que la ibera nación crió á su pecho. no debeis alentar odios profundos; para fines fecundos, daos un abrazo fraternal, estrecho! Mientras fué grande España

pudisteis olvidarla; ya caída, es la madre afligida que solo de sus hijos se acompaña! La América sajona es la ramera que se introduce en el hogar ageno.... ¡Vuelve en til, raza ibera! acójete á tu madre verdadera, y arroja el áspid que te muerde el seno!

Sábete, dijo D. Quijote al Poetilla, después de haber leído por tres veces estos versos, que con ellos va tenemos ganada la mitad por lo menos de esas Américas. Porque, ¿cómo ha de resistirse la Florida, cuando se la llame otro Edén; ni han de dejar de ablandarse aquellos territorios que pisó Colón, y que se dice se le quedaron á Dios en el tintero cuando escribió el gran poema universal, que enmendó y adicionó España? Guarda esa oda para la ocasión propicia; que tú mismo no sabes lo que has hecho, y aun creo sin vanagloria que sólo pusiste en ejecución métrica el pensamiento que te infundí; por lo que te han resultado esas estrofas tan acopladas al objeto que me propongo. Y añadió, después de una pausa; ahora sí que veo la disparatada ocurrencia de aquel inglés, de querer que hicieran más efecto, para unir á esos pueblos hermanos, el algodón manufacturado ó el carbón de Cardiff.

Divisábase tierra en lontananza, y todos los pasajeros subieron á la toldilla, para ver pintada en el Oriente la divina costa, saludándola alborozados. Entonces el tenor, á ruego de muchos, cantó el ¡Oh paradiso! y luego la prima donna la Casta diva y D. Quijote comenzó á recitar algunas estrofas del Tasso, traducidas en verso español en sus mocedades por el bachiller Sansón Carrasco, con mezcla y relleno de buen ripio, extraído de la cantera panasiana.

Cuando ya estuvieron á la vista del puerto y de la ciudad, D. Quijote dijo al Poetilla: Esta es la ocasión, intrépido amigo, de que yo renueve el famoso rasgo de Hernán Cortés; así que, tan luego hayamos desembarcado, quemaré esta nave y cuantas hay en esas playas, hasta dejar acabada la empresa de unir todos esos territorios á su madre patria.

Señor, respondió el Poetilla, paréceme que será mejor no quemar nada; sino entrar sosegadamente, dejando íntegras estas naves, para regresar cuando nos parezca; con tanta más razón cuanto que no son iguales las circunstancias: pues Usía viene á conquistar estos territorios con odas y discursos, y Hernán Cortés llegó con espadas y arcabuces.

Cierto, replicó D. Quijote; pero eso de quemar las naves lo hizo él para obligar á su gente y quedar obligado á conseguir su objeto, ó perecer en la demanda, sin salida ni escape ningunos; y si él peleó hasta vencer con la espada, yo quiero que nosotros no podamos regresar tampoco, sino triunfantes y luchando hasta morir, con las nuevas armas esas de las odas y los discursos. Con que prepara unas cuantas teas que ardan bien, y en cuanto echemos pie á tierra dediquémonos á la heróica tarea de prender fuego á éste y todos los demás navíos.

Otra objeción se me ocurre, dijo el Poetilla, que acaso haga volver á Usía de su acuerdo, y es que Hernán Cortés quemó sus naves, porque como dueño de ellas podía hacer lo que se le antojara; pero lo que Usía quiere es quemar las naves que no son suyas, sino de otros, y eso ya es diferente.

¡Qué mal discurren en prosa los poetas! exclamó D. Quijote. Ven acá, hombre; si siendo suyas las naves las quemó ¿qué no hubiera hecho siendo ajenas? Quemarlas y requemarlas, hasta no dejar de ellas ni ceniza. No tengas duda, pues, de que interpreto bien y sigo su ejemplo.

Fondearon en el puerto por fin, frente al castillo de Ulua, y D, Quijote recordó al Poetilla la expedición de Juan de Grijalba, y el nombre de Veracruz, originado de haber Hernán Cortés llegado á aquellas riberas el Viernes de la Cruz. El golfo de Méjico brillaba espléndido, bañado por el cálido sol, como un charco de oro; la ciudad aparecía risueña en el fondo de la rada, y los declives de la Sierra Madre, con sus pomposas vejetaciones, resultaban decoraciones fantásticas del escenario de aquel Nuevo Mundo: inmenso coliseo abierto por el genio de España á los dramas y tragedias de la Historia.

Grandísima concurrencia de gentes llenaba y

henchía la pequeña y blanca ciudad, que estaba engalanada y de fiesta, y D. Quijote creyó que era para recibirle á él, y tuvo por buen agüero de su empresa tanto público regocijo. El Congreso latino-americano, que había de celebrarse allí, era el que atraía tanta muchedumbre de todas las repúblicas del Centro y del Sur, y discutíase acaloradamente en círculos y reuniones la trascendencia de aquel acto, en que la América latina había de afirmar su personalidad, frente á las rapacidades de los descendientes de los Puritanos.

Recorrió el caballero la ciudad, de incógnito con el Poetilla, pues no quería que se le reconociese hasta el solemne momento en que se revelara como tal D. Quijote, y pudo admirar los altares de oro y plata de la iglesia de la Asunción, y los parques y los jardines, rebosantes de flores.

Como overa hablar español por todas partes, llegó á creer que había sido una especie de ensueño su largo viaje á través del Océano, y que estaba todavía en España, en alguna población cercana á Sevilla: porque aquel sol y aquella tierra parecían andaluces, y aquel habla era la suva propia. Quiso ir á la campiña, á las llamadas sábanas, y no halló diferencia entre ellas y las dehesas españolas; vió serranías como la de Córdoba, que hasta llevaban este nombre de su tierra, y ríos y albuferas le recordaban el Guadiana y Guadalquivir y las lagunas de Ruidera, con sus encantos. Halló en fin que hasta en los bosques los pájaros charladores, los loros, los guacamayos, las cotorras y las chalabacas, gritaban modulando palabras castellanas, trasmitidas de unos en otros y aprendidas por sus progenitores de antaño, de oirlas á los descubridores de aquel mundo.

Como nunca había conocido aves semejantes, afirmó al Poetilla que aquellas de tan pintados plumajes, que tenían voz humana y habla de Castilla, debían ser las almas de los grandes capitanes, soldados y gobernantes españoles trasmigradas á formas de volátiles, que permanecían allí para afirmar la integridad de la antigua región española y sus vínculos con la

metrópoli, y no quiso en manera alguna que el Poetilla con su mosquete derribara herido 6 muerto ninguno de aquellos auxiliares de su misión fraternal; diciéndole que más bien cogería cuantos pudiese, sin hacerles daño, y los echaría á la sala de sesiones del Congreso latinoamericano, para que se overan allí sus discursos, que no podían menos de ser favorables á

la causa de España.

Divertíase el Poetilla con tan extrañas imaginaciones del caballero, y no le llevaba la contraria, por no exasperarle; pero no quiso alentarle en aquella idea, por temor de que la pusiera por obra y echara á volar en medio de las deliberaciones del Congreso alguna docena de loros y guacamayos; así que le manifestó que. si bien era buen auxilio el de aquellos oradores. de tan vistoso uniforme, no era menester siquiera, pues bastábase y sobrábase D. Quijote para llevar á cabo su empeño; pero éste dijo que por lo menos un loro tenía que llevar consigo de orador, ya que también llevaba un Poeta; pues él iba á título sólo de caballero andante.

Cavó en la cuenta entonces de que se le había olvidado quemar las naves al bajar á la ciudad, atribuyendo al encanto y atracción de aquel mundo nuevo su olvido. Pero como atardecía v se pintaba sobre Veracruz uno de esos crepúsculos de los países tropicales, que más parecen incendios y llamaradas, el Poetilla dijo á Don Quijote que no se preocupase: que él mismo había puesto una tea al costado de cada barco, y que aquellos resplandores eran del incendio de las naves todas, que ya se había prendido y propagado sin duda; de lo que D. Quijote se regocijó, pues se quedaban irremisiblemente allí, hasta dar cima á su proyecto de reconquista.

Cuando á la mañana siguiente vió el caballero en la rada multitud de navíos, creyó que le había engañado su nuevo escudero y monto en cólera contra él; pero el Poetilla con suaves razones le convenció de que aquellas eran otras naves recién llegadas, y que él no podía quemar más que las que se hallaron en el puerto á su arribo; pero no las que sucesivamente fueron viniendo, que eran continuamente muchas.

Con ello se apaciguó D. Quijote, para quien hubiera sido gran contrariedad no emular en su hazaña á Cortés, y se libró el Poetilla de alguna puñada del nervioso y puntilloso caballero, que le hubiera derribado alguna muela, ó des-

encajádosela de su alveolo.

Era la sesión inaugural del Congreso al siguiente día. Habíase habilitado para ella el edificio de la escuela Nacional, y el Príncipe, siempre amigo de escenas burlescas, ofreció á Don Quijote billete de entrada para la mejor y más visible tribuna; aconsejándole fuera con anticipación y se colocara en primera fila, para poder desde allí levantarse y decir lo que llevara pensado, y recomendándole que no se turbara por cualesquiera rumores, ni menos si sonaba alguna campanilla; respondiéndole D. Quijote que ni una tempestad le acallaría, ni el son de la campana mayor de la Catedral de Toledo, tampoco.

Aquella noche se quedó haciendo apuntes el caballero para su discurso, y leyendo y releyendo la oda, por ver si encajaba en él: determinando que la pondría en medio, como piedra preciosa engastada en joya de oro. Levantábase de cuando en cuando y daba largos paseos, y otras veces ponía en hilera las sillas de su habitación y les dirigía la parte ya meditada de su arenga; creyendo ver que éstas hacían muestras de gran asentimiento á sus palabras. Entonces notó que la lengua era una espada también, que tenía su esgrima, y que las letras son tan necesarias como las armas; aunque él había puesto antaño en su discurso sobre ellas las armas, exclusión hecha de las letras divinas.

Ovéronle los huéspedes vecinos á su cuarto dar grandes voces, pero como ya sabían que era un loco, creyeron que estaría en un momento de excitación, y echaron bien los pestillos de sus puertas por si se le ocurría visitarles en aquel acceso. Pero allá de madrugada quedó en silencio todo, pues D. Quijote cavó rendido del sueño sobre sus cuartillas emborronadas, en la mesilla de trabajo, débilmente alumbrada por una bujía, que se consumió toda.

Por la mañana despertó y se encontró en aquella postura; se pasó la mano por la frente, como si le hubiera atormentado un tropel de sueños, y llamando al Poetilla, que aún dormía, se dispuso á acometer aquella última aventura de caer como enviado apocalíptico sobre aquella. Asamblea de próceres y magnates latino-americanos, para soldar la rotura de dos mundos con una arenga feliz, que era igual que unir el Calpe y el Abila con un persuasivo razonamiento.

CAPITULO XIX

Del famoso discurso de Don Quijote á los latinoamericanos, y de su desafío con una Esfinge.

En el gran salón del hotel Juárez se hacían multitud de comentarios sobre los incidentes de la sesión de apertura del Congreso latinoamericano, recién terminada.

Ha sido lo inesperado, decía un brasileño,

miembro de aquella Asamblea.

Ciertamente, exclamaba un hondureño; eso no se había previsto en el programa, ni se nos advirtió.

Hizo mal el Presidente, interrumpió un representante de Nicaragua: el más rebelde á la proyectada unión de los pueblos americanos de origen latino.

Señores, replicaba un mejicano, hay que tener en cuenta las perplejidades que produce la sorpresa.

Pero, ¡qué es ello? preguntó el opulento jefe de un trust, que oía en silencio aquel tiroteo de frases que no explicaban lo ocurrido.

Si no estuvo en el Congreso, difícilmente se formará idea, contestó el representante del Perú, que hallábase á su lado; y mientras los demás siguieron sus disputas, él habló á su interlocutor de este modo:

Figúrese que entramos todos en el salón de sesiones, á la hora convenida, ni minuto más ni menos. Las tribunas reservadas y la pública rebosaban ya de gente; hacía un calor insoportable, y no había tampoco asientos bastantes en los escaños, para tantos congresistas. Los más afortunados ó más listos los ocuparon, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron llenos; y los demás tuvimos que apiñarnos en derredor de la Presidencia, y en los pasillos laterales, estrujándonos con la posible cortesía. El Presidente hizo un buen discurso, correcto, sencillo, fervoroso y entusiasta, abogando por la